Carlos Bosch

Pocas personas discuten la idea de que, en teoría, la globalización acarrea beneficios mutuos a los países participantes. Pero la teoría sólo se materializa en la práctica cuando la incorporación a los mercados globales se lleva a cabo de manera calculada. De otro modo, la agenda de libre comercio e inversión se puede quedar en mera demagogia.

Globalización y desarrollo

TEXTO Ángel Cabrera
Decano del Instituto de Empresa Gregory Unruh. Titular de la cátedra Asociación de Antiguos Alumnos de Corporate Sustainability en el Instituto de Empresa

La globalización es un fenómeno amplio que abarca prácticamente todas las facetas de actividad social: el arte, la cultura, la tecnología, la agricultura, el lenguaje, la moda. Para hacernos una idea, en el año 2001 los usuarios de Internet en el mundo alcanzaban la cifra de 580 millones, los humanos llegamos a gastar 120.000 millones de minutos en conversaciones telefónicas internacionales –una media de 20 minutos por persona–, y el comercio internacional de bienes y servicios comerciales ascendía a unos 7,5 billones (¡millones de millones!) de dólares –aproximadamente el producto bruto de la Zona Euro.

De todos los planos en los que actúa la globalización, el económico es el que seguramente ha recibido más atención, dadas las implicaciones prácticas tan importantes que acarrea. La globalización, nos guste o no, va irremediablemente ligada al desarrollo económico de las naciones y, si se maneja adecuadamente, tiene el potencial de convertirse en un motor de progreso para los pueblos más desfavorecidos.

VENTAJAS DE LA GLOBALIZACIÓN

El "principio de las ventajas comparativas", concepto básico de la economía desde Adam Smith, es la clave para entender el impacto potencial que la globalización puede llegar a tener desde el punto de vista del desarrollo económico.

De manera muy resumida, si en lugar de tratar de ser autosuficientes, los países dedican sus recursos a los sectores en los que son comparativamente más productivos –en los que disponen de las llamadas *ventajas comparativas*–, exportan su producción sobrante a otros países e

importan con los beneficios el resto de productos, en teoría al menos, deberíamos ganar todos.

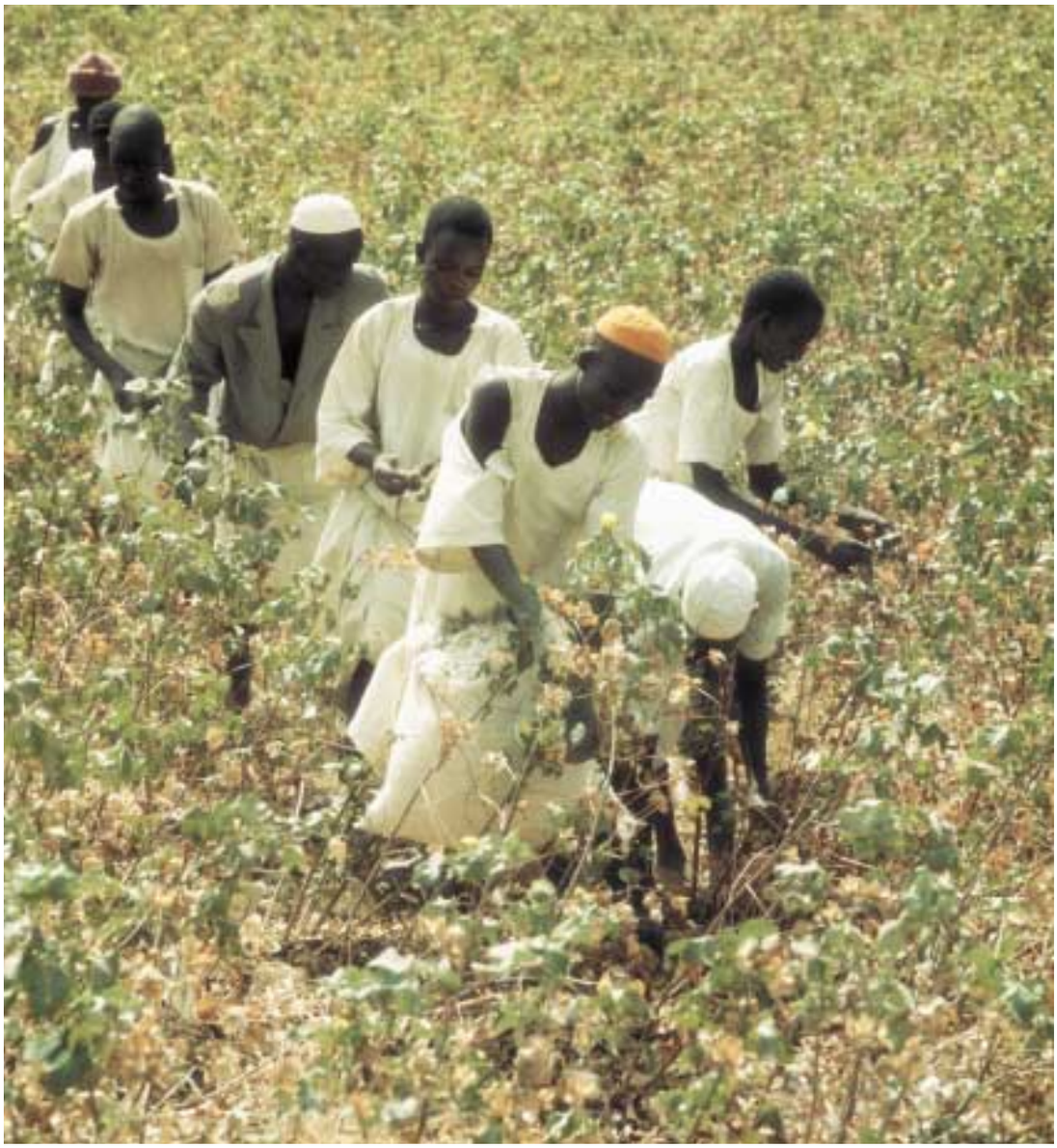
Según datos de la revista *Foreign Policy* y la consultora AT Kearney, países como Irlanda, Suiza, Singapur o los Países Bajos se encuentran entre los más globalizados del mundo, mientras que otros como Irán, Perú o Venezuela están entre los menos. Estos datos se basan en un conjunto variopinto de variables, desde el volumen de comercio e inversión exterior hasta el número de embajadas y el volumen de tráfico telefónico internacional. Curiosamente, los países más globalizados suelen coincidir estadísticamente con los más ricos, los más competitivos y los de mayor potencial de crecimiento. Por el contrario, los países que aún no se han subido al tren de la globalización son los que más dificultades tienen.

Si bien nunca se sabe si es antes el huevo o la gallina, muchos economistas creen que es la globalización la que incide positivamente en el crecimiento económico de los países. Y esto se debe a varias razones. Por un lado, al eliminar las barreras al comercio, los productores locales ven ampliado su mercado potencial y, por tanto, sus posibilidades de negocio, su capacidad de crear empleo, pagar impuestos y contribuir al crecimiento económico local. Por ejemplo, si Benín, Burkina Faso, Chad y Malí consiguen su objetivo de eliminar las barreras a la exportación del algodón, sus productores pueden ver prosperar sus negocios al vender mayor cantidad de algodón y seguramente a mayor precio del actual. Este beneficio podría traducirse en mejores condiciones laborales para los recolectores, mayores ingresos fiscales para los Gobiernos y mayores ingresos indirectos para toda la industria de apoyo y la comunidad en general. Algunos analistas estiman que la liberalización real del algodón podría tener un impacto positivo de hasta 1.000 millones de euros en las economías de los países productores de África Central y Occidental.

El comercio internacional tiene también ventajas para el consumidor, que se beneficia tanto de una oferta más amplia como de unos precios más competitivos, al acceder a productos de países con menores costes de producción. Por ejemplo, las familias europeas podrían beneficiarse de una mayor oferta de alimentos a precios más competitivos que los actuales si se suprimiesen las actuales barreras –directas o

Carlos Bosch

Para que la globalización beneficie a todos es imprescindible construir unas instituciones que garanticen un proceso democrático, participativo y justo. En la imagen, Pisak, en el Valle Imperial de los Incas, al sur del Perú.



A la derecha, recolección manual de algodón en Sudán. Abajo, plantación de remolacha azucarera en la región francesa de Picardía. En la página siguiente, sedes empresariales en Hong Kong.

Paul Almasy / Corbis

Sylvain Saustier / Corbis

indirectas– a las importaciones agrícolas de países en desarrollo. El comercio exterior actúa también como difusor de tecnologías que pueden incidir en aumentos de la productividad del país importador. Por ejemplo, un país fuerte en turismo pero sin industria electrónica puede importar ordenadores que le ayuden a mejorar la gestión de sus servicios de viajes y hostelería. Así, el país importador de ordenadores se beneficia de una tecnología desarrollada en otro país –la informática–sin tener que reinventar la rueda.

La globalización también ayuda a que el ahorro sobrante en un país pueda ser aprovechado por otro país con necesidad de capital y potencial de crecimiento. Por ejemplo, un fondo de inversión de un país desarrollado puede invertir y crear una planta de transformación de alimentos en un país en vías de desarrollo con gran producción agrícola. El inversor extranjero se beneficia de un retorno competitivo a su inversión mientras se crea valor económico en el país receptor. Por último, la globalización debería ayudar también a la movilidad laboral, lo que

“Casi ningún país industrializado puede presumir de apoyar el libre comercio en agricultura. Los países ricos mantienen artificialmente vivos sectores que por sí solos no serían competitivos en el mercado mundial”.

debería contribuir a que los excesos de mano de obra de un país o región se hagan productivos en otro país con mayores posibilidades.

LOS PELIGROS DE LA GLOBALIZACIÓN

Si existen tantas ventajas, ¿por qué genera tanta controversia la globalización, tanto entre personas de países desarrollados como entre los menos adelantados? Pocas personas discuten la idea de que, *en teoría*, la globalización acarrea beneficios mutuos a los países participantes. Pero la teoría sólo se materializa en la práctica cuando la incorporación a los mercados globales se lleva a cabo de manera calculada. De otro modo, la agenda de libre comercio e inversión se puede quedar en pura demagogia. Igual que pasó con el marxismo, la ideología liberal puede ser manipulada para mantener un desequilibrio de poder que beneficie a unos pocos. Éstas son las preocupaciones que han llevado a los países menos favorecidos a unir sus intereses en la reunión de la OMC en Cancún para plantar cara a las potencias del mundo. Según ellos, los países desarrollados tienen un doble lenguaje y, mientras proclaman las ventajas del comercio internacional, emplean tácticas encubiertas para proteger sus intereses aun a costa de perpetuar una situación dramática de desigualdad económica en el mundo.

Las incongruencias se hacen muy visibles en el caso de la agricultura. Prácticamente ningún país industrializado puede presumir de apoyar realmente el libre comercio en la agricultura. Si bien los aranceles pueden haber disminuido significativamente, los países ricos continúan manteniendo vivos, mediante una respiración artificial insultantemente costosa, sectores que no serían competitivos por sí solos en el mercado global. Además de limitar el tamaño del mercado potencial para los productores de los países menos favorecidos, los subsidios inflan artificialmente la oferta mundial, tirando de los precios hacia abajo y penalizando por tanto doblemente al productor del Tercer Mundo. Europa dedica a estas prácticas unos 40.000 millones de dólares anuales, unas dos terceras partes del presupuesto de la Unión. En 1999 Japón gastó 26.000 millones en subsidios, a lo que hay que sumar la estimación de unos 42.000 millones más en protecciones arancelarias. En EE.UU., bajo el gobierno de un presidente supuestamente defensor de las tesis liberales, los subsidios agrícolas aumentaron en 83.000 millones. En 2002 Oxfam publicaba un informe, *El gran timo europeo del azúcar*, en el que se denunciaba cómo, mediante subsidios más o menos transparentes, la Unión Europea hacía posible que los productores europeos vendieran en el mercado internacional azúcar muy por debajo del verdadero coste de producción, convirtiéndose en el mayor exportador de azúcar refinado ¡del mundo! El daño de estas políticas a los productores del sur de África son muy superiores a la ayuda que Europa hipócritamente les dedica luego en concepto de ayuda al desarrollo.

Algunos románticos defensores de la bucólica vida campestre de la vieja Europa insisten en que la agricultura debe eliminarse de la agenda de la OMC y argumentan que es necesario mantener la “soberanía alimentaria” de los países, que es obligación de un país satisfacer sus propias necesidades agrarias produciendo lo que necesite –¿al coste que sea?– y que la cultura de la pequeña producción agraria europea contiene un valor, no sé si cultural, antropológico o sentimental, que justifica su subsidio aun a costa de limitar las esperanzas de desarrollo de medio mundo. No seamos ridículos. ¿Cuánto tiempo vamos a seguir manteniendo artificialmente producciones tan poco eficientes y permitiéndonos este derroche? Es cierto que las transiciones son duras, y que habrá que buscar maneras de suavizar la transición desde ciertos sectores hacia otros más competitivos. O que habrá que buscar maneras de especializar la producción agraria en calidad o especificidad –denominaciones de origen– para mantener ciertas ventajas competitivas. Pero, si de verdad apostamos por una agenda liberalizadora, tarde o temprano los países ricos tendrán que responder a las demandas del mundo menos desarrollado. Como hemos visto en la reunión de Cancún de septiembre de

Christian Maury

2003, no sólo no es predecible que desaparezca la agricultura de la mesa negociadora. Más bien, si no se resuelven las cuestiones relativas a la agricultura, es posible que peligren el resto de negociaciones.

El comercio internacional no es la única cara de la globalización que puede esconder trampas ocultas. Las inversiones extranjeras directas tampoco traen siempre consigo los beneficios que teóricamente las justifican. A menudo las inversiones no conllevan la creación de nuevos medios de producción o la difusión de nuevas tecnologías, sino que se centran en la gestión de antiguos monopolios públicos en mercados aún poco eficientes y sin las suficientes garantías, lo que hace que los inversores extranjeros se beneficien de rentas monopolísticas que antes de la privatización al menos alimentaban las arcas del Estado. Los países en vías de desarrollo también han sufrido los perniciosos efectos de algunos flujos de capital cortoplacistas y especulativos que no hacen más que amplificar la inestabilidad y el riesgo, y que aumentan por tanto el coste de su deuda, sin contribuir ni a la transferencia tecnológica ni al desarrollo del entramado productivo del país.

Tampoco la movilidad laboral está siendo realidad y en la práctica sigue resultando mucho más lenta y difícil –y dramática– que la de capital o mercancías. Y, lo que es peor, la movilidad se ha hecho claramente asimétrica: mientras que la mano de obra no cualificada ha de jugarse la vida para trasladarse a mercados con mayor y mejor oferta de empleo, las barreras se suavizan para el personal más cualificado. Esto puede dar lugar a la descapitalización de los bancos de talento de países que, como los del este de Europa, tienen una historia de grandes inversiones en educación superior.

Alan Hindle / Corbis

En las últimas décadas países como los “tigres asiáticos” han conseguido un nivel de desarrollo inaudito al saber aprovechar las oportunidades del mercado local. Este éxito, sin embargo, no es el resultado de una aplicación ciega de las políticas de liberalización, sino que responde a estrategias muy controladas por Gobiernos que han sabido ir abriendo selectivamente algunos de sus mercados y utilizando la inversión extranjera como vehículo de aprendizaje y desarrollo de su industria hasta elevar su productividad a niveles competitivos mundialmente. En contra del dogma liberal antiintervencionista, y aunque parezca una contradicción en los términos, las políticas públicas bien manejadas pueden ser la clave de una liberalización a la postre exitosa.

Hasta ahora, tanto los países más industrializados como los menos encaran las negociaciones desde un punto de vista unilateral. Pocos países están tratando realmente de impulsar políticas en beneficio global y es aquí donde seguramente hemos de dar la razón a algunos representantes de los movimientos antiglobalización. Para que la globalización beneficie a todos es imprescindible construir unas instituciones que garanticen un proceso democrático, participativo y justo que guíe y equilibre el proceso globalizador. De lo contrario, los augurios catastrofistas de algunos manifestantes quizás se empiecen a convertir en realidad.

LOS PELIGROS DE LA NO GLOBALIZACIÓN

Casi todo el debate en torno a la globalización se ha centrado en los efectos colaterales negativos que resultan cuando un país se engancha a la economía global del planeta. Abrir las fronteras a los productos de fuera puede generar cambios a corto plazo en muchos sectores y comunidades de un país, que pueden llegar a ser traumáticos y difíciles de digerir –lo cual justifica intervenciones públicas que suavicen la transición. Sin embargo, si la transición es exitosa, la globalización puede ayudar a sacar a países y regiones enteras de la miseria. Aunque es importante prestar atención a los desafíos generados por la globalización, es más importante averiguar por qué los beneficios de la globalización no parecen llegar a todos los países y por qué en la mayoría de los casos son los países más pobres los que parecen una vez más estar quedándose atrás.

Un país pobre que no es capaz de atraer inversiones extranjeras o generar recursos mediante el comercio está condenado a la miseria, a una falta permanente de recursos para combatir enfermedades básicas, para alimentar a la población, para preservar los recursos naturales y garantizar la seguridad de los ciudadanos. Un país pobre y aislado difícilmente podrá invertir en el desarrollo de infraestructuras, de sus ciudades, de un sistema educativo vital para escapar de este ciclo envenenado. Cuando a estas condiciones se suma un crecimiento rápido de la población, la combinación es explosiva. Para muchos ciudadanos de los países ricos estas historias parecen quedar muy lejos. Sin embargo, la globalización es un proceso ciego, que no sólo es capaz de repartir lo bueno, sino también lo malo.

Los acontecimientos de los últimos años han demostrado el grado de interdependencia entre los diferentes pueblos del mundo, y cómo el sufrimiento de un pueblo puede convertirse fácilmente en sufrimiento de todos. La neumonía atípica asiática o SARS, una verdadera epidemia

La Torre Mapfre de Barcelona.
En la página anterior, residentes de Hong Kong vuelven a su ciudad desde Taiwan tras ser sometidos a cuarentena por un caso de SARS.

Carlos Bosch

del siglo XXI, transmitida a velocidad de jet, ha demostrado cómo un país que no está preparado para combatir efectivamente una nueva enfermedad supone un riesgo para el conjunto de la humanidad. Los ataques del 11 de septiembre en Nueva York demostraron cómo pequeños grupos autoorganizados de individuos sin grandes medios pueden llegar a producir daños irreparables de una magnitud incalculable. También hemos visto cómo grandes organizaciones criminales son capaces de prosperar en lugares en los que los efectos de la globalización parecen haber pasado de largo. En definitiva, es imposible analizar el desarrollo de una nación de manera aislada y no nos queda más remedio que evaluar las agendas económicas de manera sistémica y coordinada si queremos prosperar cada uno de nosotros.

EL ROL DE LAS EMPRESAS Y LOS DIRECTIVOS

En este escenario, las empresas tienen un importantísimo papel que desempeñar. Durante los años ochenta y noventa las grandes multinacionales se han beneficiado de los procesos de privatización y desregulación. Al pasar muchos sectores clave de la economía a manos privadas, los grandes grupos empresariales han encontrado grandes oportunidades de negocio, pero a la vez han asumido unas responsabilidades enormes de servicio público que antes quedaban en manos del Estado. Además, mediante inversiones extranjeras, fusiones y adquisiciones, las grandes empresas han ido consolidándose en torno a corporaciones gigantes, con presencia en todo el planeta y con un músculo financiero mayor que el de muchos Estados donde operan.

Algunas empresas han adquirido gran poder de influencia sobre los gobernantes de los países en los que operan y en ocasiones pueden llegar a marcar la agenda negociadora de éstos. Los directivos de estas empresas tienen un mandato muy claro –maximizar el retorno financiero de sus accionistas– y es a ese objetivo al que han de supeditar sus posturas, incluso en cuanto a las relaciones económicas entre países. La cuestión está en decidir cómo quedan mejor protegidos los intereses del accionista. Bajo una mentalidad cortoplacista, las empresas tienen incentivos para presionar a sus gobiernos a que mantengan esquemas proteccionistas o subsidios que prolonguen artificialmente sus cuentas de resultados. Si bien pueden ser posturas racionales desde el punto de vista del ejecutivo y su responsabilidad fiduciaria, los efectos a largo plazo pueden ser perniciosos hasta para la propia empresa, que en ausencia de una presión competitiva real terminará irremediablemente languideciendo.

En una época de cambios tan profundos como los que estamos viviendo a escala planetaria, el directivo ha de mantener una doble mentalidad de *empresario* y *hombre de Estado*. De empresario, porque la globalización abre cada día nuevas posibilidades, nuevos negocios, nuevas maneras de crear valor. Y es su función dentro de la sociedad el saber aprovechar cada una de estas oportunidades. Sin empresarios no se puede crear nueva riqueza, y sin nueva riqueza difícilmente puede prosperar la sociedad en su conjunto. Pero, a la vez, el directivo, sobre todo el de las grandes multinacionales, ha de tener mentalidad de *hombre de Estado,* porque sin su participación activa y responsable es muy difícil pensar que se puedan construir entornos jurídicos e institucionales adecuados que den garantías de nuevas oportunidades futuras. Es inútil pensar que los Gobiernos son capaces de construir solos los marcos de funcionamiento necesarios para competir en el mercado internacional. En el largo plazo, el éxito de cualquier empresa multinacional que aspire a mantener una posición de liderazgo exige un sistema de comercio e inversión internacional justo y transparente, unos marcos institucionales apropiados en cada mercado y un nivel de desarrollo social suficiente. El que estos elementos se den en óptimas condiciones no depende sólo de lo que haga el sector público, sino muy directamente de la actitud de las empresas y de la voluntad y compromiso de sus directivos de implicarse activamente en la consolidación de su entorno institucional y productivo.

Estar a favor o en contra de la globalización no vale para mucho. Hay que pensar más bien en cómo garantizar que no deje a nadie en la cuneta, evitar que se manipule para bien de pocos y analizar cómo suavizar los costes de unos cambios dolorosos que todos, ricos y pobres, deberán asumir necesariamente. Ahí es donde debemos centrar nuestro vital debate.